

INFORME SOBRE EL LENGUAJE (IX)

Flanqueado

“...al salir de la reunión flanqueado por ambos ministros del...”

Flanquear es estar colocado al flanco o al lado de una cosa. Las otras acepciones del verbo son militares y se refieren a la protección o al ataque de los flancos de un ejército. Por eso, el adjetivo flanqueado no se atribuye, en principio a las personas, sino a las cosas ya que califica al “objeto que tiene a sus flancos o costados otras cosas que le acompañan o completan”. Sólo en caso de estar “defendido o protegido por los flancos” puede emplearse con seres humanos.

Es muy frecuente usar el verbo y el adjetivo sin tener en cuenta este matiz, sobre todo en la información gráfica de alguna reunión de personalidades. A la hora de explicar la fotografía, siempre sale el protagonista “flanqueado” por otras celebridades. Debería decirse acompañado porque flanqueado, lo que se dice flanqueado, sólo puede estar el que lleva pegado a sus ijares a dos enormes guardaespaldas.

Favorito *a priori*

“Y en estos comicios es el que parte como favorito *a priori*.”

La locución latina “*a priori*” quiere decir “antes de examinar el asunto de que se trata”. Puede interpretarse en el sentido de “antes de la experiencia” y así se usa la mayoría de las veces. En esta segunda acepción ha influido mucho el “*a priori*” kantiano, entendido como “independiente de la experiencia”.

En vísperas de cualquier competición -deportiva, política, artística...- suele hablarse de la persona considerada como favorita, del competidor que parte con más probabilidades de ganar por ser el “estimado o apreciado con preferencia”: éste es el auténtico significado del adjetivo, que se acostumbra usar sustantivado: el favorito.

Con frecuencia se oye y se ve escrito que fulano es el favorito *a priori*; o que “*a priori*, las encuestas señalan como favorito a...”. Es una redundancia. El favorito siempre se elige, se apunta, antes de los comicios, del certamen literario, de la prueba deportiva. ¡Vaya un listo el que escoja un favorito “*a posteriori*”! Y el manido máximo favorito es simplemente, el favorito.

Funcionar

“...últimamente hemos podido comprobar que la mayor parte de los planes de reforma no han funcionado...”

Funcionar significa “ejecutar una persona, máquina, etc., las funciones que le son propias”.

Después de esta definición, si volvemos a leer la frase del ejemplo, empezaremos a ver que algo no va bien o no funciona en el léxico utilizado por quien la pronunció.

Quizás en un primer momento no nos resultase chocante y ello es debido a que está de moda emplear el verbo funcionar con significado metafórico que hasta ahora no tenía en español. Volviendo al ejemplo, lo que ahí se quiso decir era que los planes de reforma no habían tenido éxito, no habían salido bien, no habían llegado a feliz término o no habían cumplido los objetivos para los que habían sido diseñados.

También se aplica erróneamente lo de funcionar cuando se trata de personas: “funcionó muy bien en el equipo”, en lugar de se acopló o se integró en el equipo; o para decir mentirijillas concupiscentes como: “todavía funciono como si tuviera 20 años”..

Galo

“...desde que la policía gala detuvo al responsable de finanzas de...”

No es propio identificar galo y francés como si fueran adjetivos y gentilicios equivalentes. La Galia no era sólo Francia; la Cisalpina correspondía al norte de Italia, desde los Apeninos a los Alpes; y la Transalpina –la Galia propiamente dicha-, además de la actual Francia, abarca Luxemburgo, Bélgica, el sur de Holanda, el este de Alemania desde el Rin- y casi toda Suiza.

Llamar galos a los franceses es un anacronismo. Resulta tan inadecuado como hablar de policía ibera, de aviación andalusí o de ejecutivos hispano-visigodos; y algo tan chocante como denominar “cónsul de la Tarraconense” al presidente de la Generalidad de Cataluña.

En nombre de la precisión histórica y geográfica –y, en definitiva, lingüística- dejemos a los galos en los escritos de Julio César, su gobernador en historiador, y en los tebeos de Astérix.

Hemisferio

“...las decisiones tomadas en la cumbre hemisférica son trascendentales para el desarrollo del comercio entre España y América...”

Para los que hablamos es español hemisferio es la “mitad de la superficie de la esfera terrestre, dividida por un círculo máximo, de preferencia el Ecuador o un meridiano”.

Sin embargo, se está usando esa palabra con el significado de “continente americano” o, simplemente, “América”. Así vemos que se habla de “los países del hemisferio” o de “los países hemisféricos” cuando de lo que se trata es de los países de América o de los americanos. Y no se tiene ningún recato al llamar “Cumbre hemisférica” a la que reunió en Miami a todos los países de América (excepto Cuba) en diciembre de 1994, y cuyo nombre oficial era Cumbre de las Américas, aunque quizás habría quedado mejor Cumbre panamericana.

¿Quién ha decidido cambiar el significado y el tamaño de los hemisferios?

Hispanoparlante

“...las relaciones con los países hispanoparlantes...”

Es curioso observar cómo muchos hispanohablantes se llaman a sí mismos hispanoparlantes, esto es: parlanchines de mucha labia y charla insustancial; deslenguados que van con chismes y habladurías; chismosos que cuentan cosas que deberían callar. De estos dice **Covarrubias** que son ceñañeros que siembran discordias y les llama *ministros de Satanás*.

Parlar es además, “hacer algunas aves sonidos que se asemejan a la locución humana” con lo que hispanoparlante equivaldría en este caso a loro cacatúa que cotorrea en español. Y hay también máquinas parlantes, como las instaladas en los bares y cafeterías que dan las gracias al recoger el tabaco y el que, al hacerlo en español, podrían adjetivarse hispanoparlantes con toda propiedad.

Este vocablo que se nos ha colocado por influencia del francés y del catalán en muy corriente en el español de América pero pone en entredicho nuestra competencia como hispanohablantes.

Como dice el refranero: “*Galán parlero, mal galán y peor caballero.*”